

EN PUNTO

esté intacto y el aislamiento de la cabina perfecta. Si no se cumple una de estas condiciones se produce la catástrofe: al entrar en las capas densas de la atmósfera la cápsula se volatiliza en algunos segundos.

Si la cápsula es inutilizable —sea porque una de las tres condiciones no se ha cumplido o porque hay un deterioro importante de la cabina— los pilotos no tienen más que una solución: utilizar su «canoa de salvamento», una mini-cápsula individual que permite el regreso a la tierra. Pero esta «canoa de salvamento» no existe: ni en los soviéticos ni en los americanos. ¿Es que no se había pensado en ello? Parece increíble. He aquí la explicación:

«Haremos las cosas de forma que no haya accidentes y que nadie se encuentre nunca en peligro durante un vuelo espacial», afirmaban los especialistas soviéticos y americanos al principio de la conquista del espacio. Y su razonamiento estaba fundado en el

principio de que más vale prevenir que curar: los principales sistemas de todas las cabinas soviéticas y americanas fueron doblados e incluso triplicados.

Hoy día los americanos han sobrepasado ese estadio: están decididos a poner a punto ese vehículo de socorro tan esperado por los hombres del espacio. Varias grandes constructoras aeroespaciales, la NASA y la USAF, han hecho proyectos. La «canoa de salvamento» prototipo es una especie de concha en fibra de vidrio, y cuya forma se parece extrañamente a una vieja bañera. De una longitud de 1,80 metros y de una anchura de 1,35 metros, esta cápsula de salvamento, de un espesor de 75 centímetros, no pesará más de 190 kilogramos. Poseerá un retro-cohete orientable, una reserva de oxígeno, cohetes de control de altura y el paracaídas de frenaje final, que se desplegará a 4.500 metros de altura...

LA INMORTALIDAD

Un objetivo común por encima de los idearios

La ciencia soviética y la de Estados Unidos están llegando, más o menos, a los mismos resultados, pero por caminos distintos. Cada uno de los dos países defiende sus «vías» y las considera políticas, es decir, considera la ciencia como resultado de un sistema de organización mental y humana que «sólo» se puede dar en cada uno de sus regímenes. Su discusión actual alcanza varios terrenos. Uno de ellos, el de la Medicina. Se trata de conseguir una longevidad. Que se alargue tanto que pueda parecerse a la inmortalidad. Ciertamente, el sistema de Leonard Hold para la proyección en el futuro, que consiste en congelar los cuerpos de personas que hayan fallecido por enfermedades cuya curación se puede prever para fechas relativamente próximas, para descongelarlos y curarlos cuando llegue el momento, no es un procedimiento que pueda considerarse como perteneciente a la ciencia americana, sino más bien al «business». Desde la URSS se combate esta experiencia. Se dice que ya la intentó un sabio ruso, Porfirij Bajmetiev, que pretendió situar el hombre en «estado anabótico» por congelación —es decir, sin dar ninguna señal de vida— para recuperarlo después, pero fracasó. Con respecto al trasplante de órganos, la posición oficial de la ciencia soviética es que se trata de un factor «provisional» que puede ayudar a algunos individuos, pero que no puede ser tenido en cuenta para la «longevidad masiva». El corazón, explica Vassili Kuprievich, presidente de la Academia de Ciencias de Bielorrusia, no debe necesitar ser trasplantado. Está concebido, está realizado de forma tan perfecta que su duración ha de ser muy superior a la de la actual vida media del hombre de hoy. El problema está en no deteriorarlo. Cree que es en ese sentido por donde deben realizarse las investigaciones en torno a la longevidad y a la «inmortalidad». En el estudio de por qué el hombre envejece, y de qué forma podría evitarse que envejeciese, o de qué forma podría retardarse el proceso de envejecimiento. «Todo ser vivo se renueva continuamente», dice. Hay, por tanto, un proceso de renovación de células y tejidos, y ese proceso, en un

momento dado, se hace más lento hasta que se interrumpe. «Por el momento, el "tratamiento" de la vejez se hace mediante la introducción de vitaminas y medicamentos en el organismo. Ahora bien, sería preciso luchar contra el proceso en sí del envejecimiento, y para ello es indispensable unir los esfuerzos de los sabios en las más diversas orientaciones: médicos, biólogos, fisiólogos, químicos». Es decir, no se trata de «curar» la vejez, sino de «evitarla», dando al hombre las armas precisas para ello.

Por el momento, mientras se conocen mejor los procesos de transformación del hombre, Vassili Kuprievich se limita a mantener algunas ideas generales:

- La inmortalidad existe ya, cuando se considera al hombre no como individuo, sino como especie. El hombre vive en sus descendientes. Los hallazgos de la ciencia que estudia la herencia lo demuestran. Los fósiles del hombre de Cro-Magnon enseñan que su organismo es igual que el nuestro. Desde ahí se extienden las raíces de la herencia.

- El trabajo es, hasta ahora, lo único que se ha encontrado para prolongar la vida. Se atribuye a razones psicológicas el hecho de que quienes se retiran del trabajo pierdan una salud que hasta entonces les había acompañado. Hay también razones fisiológicas. El trabajo sostiene el «tonus» del sistema nervioso en un nivel óptimo. La longevidad no puede conseguirse si se mantiene una actividad intelectual baja.

- Los recursos de la tierra no deben asustarnos. «Son inagotables». Hay sitio para todo el mundo. «Los neomalthusianos de Occidente aconsejan la guerra para descargar la población del mundo, pero no será preciso. Se puede llegar a multiplicar por cien la producción agrícola, por lo tanto, también la población. Y, en el futuro, se podrá obtener algo de Marte, Venus, Júpiter...

Tres libros de actualidad

EL MAL LLAMADO "TERCER MUNDO"



El acelerado proceso de descolonización política que provocó la segunda guerra mundial, y que se desarrolló a través de mil vicisitudes, a veces cruentas, alcanza su «climax» en la guerra del Vietnam, forma específica de una confrontación estratégica mundial —el profesor Roberto Mesa lo ha visto muy bien en un libro ya comentado aquí— que reviste, de un lado, características de epopeya, y, de otro, de auténtico genocidio. La «guerra fría», que subsistirá mientras se enfrenten a nivel mundial dos formaciones económico-sociales contradictorias en sus fundamentos, ha elevado a un plano abstracto la contienda vietnamita. «La revolución campesina en Vietnam del Sur» (Editorial Ciencia Nueva), constituye una llamada de atención hacia una viva temática que late bajo la lucha militar, formulada con singular brío. Sin embargo, su contenido no tiene el perfil de un panfleto, ni de un manifiesto, ni siquiera de un alegato. Representa un análisis serio sobre las relaciones sociales vigentes en el Vietnam del Sur, y, en especial, sobre la estructura agraria semifeudal y la posición de las distintas fuerzas ante la necesidad de su reforma a fondo. El de Chau no es un estudio coyuntural: inserta su enfoque en el proceso histórico que desemboca en el sangriento conflicto de hoy, descrito por el autor partiendo de sus auténticas raíces y situándolo en su contexto real, porque el combate tiene lugar en todos los frentes: agrario, político, económico y social. Ciencia Nueva incluye este agudo ensayo de Chau en su colección «Las luchas de nuestros días».

El mal llamado «Tercer Mundo», fuente de materias primas y mercado potencial de considerable envergadura dentro del esquema neocolonialista que preside las relaciones internacionales, ya cuenta con teóricos propios de indiscutible lucidez. Si excluimos a los que, como el egipcio Riad, no han vivido una actuación política destacada, hay que colocar a Patricio Lumumba, entre los que han surgido en el continente negro, en un primerísimo lugar. En Lumumba se da en una misma persona el caso del líder rebelde de poderosa personalidad y el del político que se sirve de un ideario claro y sencillo para analizar los problemas de su país. Lumumba fue víctima del encuentro sobre el suelo de la patria por él creada de los enfrentados intereses de distintos capitalismo internacional, desde el alemán hasta el norteamericano, sin olvidar el papel belga en la secesión de Katanga. Ahora aparecen en castellano sus textos, agrupados bajo el título de «Libertad para el Congo», que Equipo Editorial, de San Sebastián, ofrece a los lectores



españoles. Discursos, entrevistas y proclamas por él firmadas adquieren un extraordinario valor documental y nos ayudan a comprender mejor la verdadera naturaleza de los confusos acontecimientos derivados de la independencia congoleña: su auténtica imagen queda así nitidamente trazada sobre la maraña de una información mediatizada y deformada.

René Dumont, especialista francés al que debemos diversos análisis sobre la economía de los nuevos países, realizados desde ángulos en general despolitizados, al margen de la perspectiva histórica, aunque en ocasiones aventure predicciones radicales —recordemos su apocalíptico pronóstico sobre el hambre en la próxima década—, ha dedicado un libro a China: «La China, ¿tercer mundo?» (Editorial Nova Terra). Análogo al que hace años consagró a la Cuba castrista, el de Dumont es un libro crítico —más aún, hipercrítico— sobre la realidad económica de la China Popular, y discutible porque prescinde de toda consideración profunda de orden ideológico o estratégico, pero muy rico en datos y en consecuencia altamente interesante.

En resumen, tres libros sobre el llamado «Tercer Mundo», todos ellos de viva actualidad. ■ E. G. R.

